ley sobre el hombre, y que reconocido por el súbdito crea en su alma el pensamiento de la soberanía de la ley, á la que todos estamos sujetos y debemos acatar; y por consiguiente, el de la igualdad legal absolutamente diferente de esa igualdad mal entendida con que los filósofos del dia quieren cohonestar sus doctrinas de destruccion y de desórden, por medio de las cuales quieren arrogarse el derecho de juzgar hasta á sus soberanos, que segun el Evangelio en que se fundan, solo deben ser juzgados en el tribunal de Dios, que los hizo caudillos y gefes de su pueblo, para que todos los respetasen y obedeciesen, sujetándolos solo al juicio eterno, y conminando á cuantos se atreviesen á juzgar sus hechos cuyo conocimiento se reservó porque son sus ungidos y sus personas sagradas é inviolables para nosotros, á quienes solo encarga la religion rogar al Señor por su salud, por el acierto en su gobierno, y por la felicidad de su reino. Así la Iglesia enseña la igualdad, y evita los trastornos y las revoluciones que condena, como la tiranía que rechaza refrenando los instintos del orgullo y de la soberbia, y encadenando la hidra de la discordia á los piés del que dijo: "Por mí reinan los reyes, imperan los príncipes, y los poderosos del mundo administran justicia." ¡Doctrina admirable que conserva la paz en los Estados, y es como el preservativo de esos trastornos violentos que conmueven las naciones

mas bien regidas, y arruinan los pueblos mejor gobernados, convirtiendo las ciudades mas florecientes en ruinas tristes, los campos mejor cultivados en yermos solitarios, y los emporios de las ciencias, de las artes y de la civilizacion, en miserables aduares habitados por tribus errantes, sin leyes, sin cultura, sin nada, en fin, de cuanto hace feliz la vida del hombre.

Respecto á la fraternidad, el Evangelio ni la entiende, ni la puede entender por la comunidad de bienes, ni por la igualdad de fortunas; el que estableció la ley evangélica es la misma Sabiduría, y como tal conoce muy bien que los hombres no pueden ser iguales ni en pensamientos, ni en condiciones sociales; que debe haber superiores é inferiores, gobernantes y gobernados, reyes y súbditos, pobres y ricos; y si prescribe la humanidad y la moderacion en unos, no se olvida encargar y preceptuar á los otros la sumision y la obediencia, y para todos la caridad, que es la ley del amor, por la cual el hombre conoce que no nació solo para sí, sino para sus semejantes, á quienes debe mirar como hermanos para compadecer sus yerros, tolerar sus faltas y sacrificarse por su bien, perdonando las injurias que reciba, y compadeciendo á los que se las ocasionen, porque llegará el dia en que han de ser juzgados, y de ellas se les ha de pedir cuenta, porque tiene dicho que de cuanto hagamos le deberemos dar

razon en su dia "y que es el Dios de las venganzas."

Conociendo el buen Jesus que la sociedad no puede existir sin gerarquías, dijo: "Dad al César lo que es del César;" esto es, obedeced á los soberanos que os gobiernan en nombre de Dios; y sabiendo que no era posible la nivelacion de fortunas, asegura que siempre habrá pobres en el mundo, y en que haya pobres y ricos se ve una de las mas admirables leyes de su providencia, porque enseña á los ricos el uso que deben hacer de las riquezas para agradarle, que es emplearlas en socorrer á sus hermanos indigentes, y en los pobres les presenta ocasiones en que ejercer su caridad para ganar así el reino de los cielos, al par que con las privaciones ejercita la paciencia de los necesitados, poniéndolos en el verdadero camino de la salvacion por medio del sufrimiento de sus miserias, y la conformidad en la voluntad del Altísimo, que para salvarnos y hacer nuestra felicidad se vale de mil medios que si los ejecuta su voluntad, al hombre no es dado investigar.

Pensemos, pues, un momento en esa fraternidad mal entendida, que en sus delirantes sueños han inventado los filósofos de nuestros dias para alucinar las masas y trastornar las naciones, y convendremos en la imposibilidad de realizarla:

hay en el mundo hombres pródigos y económicos, los hay sabios é ignorantes, activos y perezosos, virtuosos y corrompidos: repartid entre estos por partes iguales los bienes y las fortunas, y veremos á los unos aumentarlas y á los otros malversarlas; á estos prosperar y empobrecer á aquellos, segun las cualidades de que cada uno está dotado, y tendremos, por consiguiente, necesidad de hacer todos los años nuevas nivelaciones, porque todos los años se habrá destruido el equilibrio, y habrá dejado de existir la igualdad. Tan evidente es esta verdad, que nos parece oscurecerla el esclarecerla mas, y por lo mismo nos abstenemos de comentarios, y tan espuesta á trastornos, que de plantearse creemos planteada y sancionada la revolucion.

Consideramos ahora otra utopia á ver si es mas realizable. Demos por supuesto que de grado ó por fuerza se obliga á todos los hombres al trabajo, y que el fruto de éste se encierra en un acervo comun, que de allí se provee igualmente á las necesidades de todos: como no habremos podido hacerlos á todos igualmente virtuosos, tendremos en la comunidad avaros, orgullosos, hombres apasionados por el lujo, ambiciosos de honores y mandos; aquellos soberbios, estos humildes; los unos irascibles, los otros pacientes; estos fuertes, aquellos débiles, intrigantes y comedidos, falaces y sencillos, y tendremos en último caso, que los mas

serán víctimas de los menos; que los unos trabajarán mientras los otros estarán holgando; que el producto de los sudores de algunos servirán para sostener las obligaciones y hasta los caprichos de los demas; y en una palabra, que la comunidad ha trabajado en provecho de unos cuantos que concluirán por erigirse en señores, y fundarán una aristocracia insolente, que acabará por una tiranía feroz é inhumana, que hará retroceder el mundo á los tiempos de la barbarie, del feudalismo, de la esclavitud, y la humanidad se veria ultrajada, la dignidad del hombre prostituida y la ley del amor y la caridad derogada, sumiéndose la sociedad en un caos de crímenes y de horrores repugnantes, no solo á Dios que es la humanidad misma, sino tambien á todo hombre que estime en algo el bien de sus semejantes.

El Evangelio, pues, trata de la fraternidad, de la igualdad y de la libertad compatible con la ley, de la que garantiza el órden de las naciones, que hace felices los hombres, y reprimiendo sus desordenados apetitos, los constituye en sociedad para el bien comun, garantizando al débil contra el poderoso, al oprimido contra el opresor, al súbdito contra el soberano, enseñando á todos que han sido redimidos por Jesucristo para ser todos observantes de sus preceptos y de su ley, conformándose cada uno con la condicion en que plugo á la Providencia colocarle, para que siguiendo

todos los caminos del Señor, merezcan ser incorporados en la gloria de su esplendor, siendo una misma cosa con Jesus en el reino de su Padre.

La Iglesia, á su vez, ha enseñado y difundido por el mundo esta doctrina en el mismo sentido que el Evangelio la esplica; y si bien quiere para todos la libertad bien entendida y condena al tirano, tambien aborrece el libertinaje y fulmina sus anatemas contra los que perturban la paz del Estado, faltando á la obediencia á sus superiores que ejercen las funciones de su ministerio en el nombre del Señor, fuente y orígen de toda autoridad; y es tanto lo que encarga la obediencia, que la tiene en mas que los sacrificios, y quiere tanto la sumision, que encarga obedecer á los príncipes, aun á los díscolos, estableciendo tambien gerarquías para su gobierno y poniendo al frente sus obispos y pontífices, á cuyo cargo afirma puso Dios el cuidado de regir la Iglesia que fundó y rescató con la sangre de su Hijo.

De lo espuesto aparece, que las ideas de la libertad, igualdad y fraternidad con que quieren adornar los revolucionarios el libro de sus crímenes, y que erigen en dogma de su política maquiavélica, son tomadas del Evangelio, pero tergiversando su sentido y haciéndolas servir á sus miras ambiciosas, alucinando su voz mágica los corazo-

nes con las promesas de bienes que nunca serán realizados, porque sin la religion no son posibles, y sin el sentido verdadero en que el Señor las estableció, que es con el que la Iglesia y sus ministros las propagan, jamas podrán constituir el bien no de un pueblo, pero ni aun del individuo.

Los filósofos del dia, que viven del engaño y hacen de la ruina de sus hermanos el escabel de su trono, no pueden basar nunca sus teorías absurdas y tiránicas sobre la doctrina del que dijo: "Que debemos dar la vida por nuestros semejantes;" no pueden establecer sus principios sobre las máximas del Libro santo que nos enseña á dar al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios; no pueden hacer el bien de los hombres los que, proclamando humanidad, encienden la tea de la discordia en los Estados, siembran el veneno de la guerra en los reinos y llevan al seno mismo de la familia el odio, la desolacion y la muerte; los que así faltan al gran precepto de Jesucristo, que es la caridad, ni pueden ser sus discípulos, ni menos los apóstoles de sus doctrinas, ni sus hijos verdaderos. Son, sí, sus hijos espúrios, los falsos doctores, de quien está escrito: "Vendrá, pues, tiempo en que no podrá tolerarse la sana doctrina, sino que se levantarán por todas partes maestros y doctores segun el deseo del mundo, que halagando los oidos predicarán con frases escogidas

una doctrina fabulosa: si es llegado ese dia desgraciado en que los lobos rapaces se han introducido en el rebaño del Señor, y sembrando errores descaminan á los sencillos; contra ellos, pues, debemos levantar nuestra voz, rasgar la piel que los disfraza y presentarlos á los ojos del mundo en su verdadera desnudez.

Quede, pues, sentado, que las palabras "igualdad, fraternidad, libertad," segun las entienden los filósofos de nuestro siglo, no son las que proclamó Jesucristo y enseña su Iglesia, no son las que hacen la felicidad de los pueblos, de las naciones y del individuo, sino por el contrario, son las que separadas de su orígen como un arroyo que, bien dirigido, riega y fecundiza los campos, una vez desbordado los anega y asola, así llevan la ruina á la familias y la miseria á los Estados, llenando el mundo de desgracias. La doctrina de Jesucristo consignada en su Evangelio es una doctrina de paz, los principios son de órden, el espíritu de la Iglesia es de caridad; ¿cómo, pues, podrán nunca estos principios hermanarse con la tala, el incendio, el asesinato y la guerra? ¿Cómo podrán nacer de una misma fuente, de un mismo orígen, tan contrarias consecuencias? ¿Cómo un mismo árbol puede producir tan contrarios frutos? Imposible: la vida y la muerte no pueden ser hermanas, la luz y las tinieblas se rechazan mútuamente.

De lo dicho, sin embargo, aparece que la verdadera libertad tiene su orígen en el Evangelio, porque la verdadera libertad dista tanto de la demagogia como de la tiranía, y de los motines como del vilipendio; es la que enseña al súbdito á obedecer sin degradarse, y al superior á mandar con justicia, porque á uno y á otro enseña á vivir en la presencia del Señor que, en su dia, ha de castigar al súbdito rebelde y al superior orgulloso: así, pues, el Evangelio es la ley del amor que enseña á los hombres á amarse como hermanos, que les promete una misma recompensa y los hace herederos del mismo reino, cuya posesion tiene prometida á los que en el mundo sigan sus caminos, que son los de la equidad y la justicia, cimiento sobre el cual descansa el hermoso edificio de la libertad.

La esclavitud es un mal condenado por el que vino al mundo á romper sus cadenas, mal en contradiccion con el dogma sobre que está basada toda la religion de Jesucristo, que es la caridad, puesto que no la cumple el que tiraniza á su hermano, el que le esplota, el que le hace servir á sus caprichos prostituyendo su dignidad y escelencia, esponiéndole en los mercados y reduciéndole á una condicion degradante, cuyos premios son el látigo, cuyos derechos son la miseria y las cárceles, y cuyo porvenir el suplicio: horroriza considerar que el hombre, la obra mas perfecta

de la creacion, la imágen viva de Dios puede ser tratado por su hermano con tanto vilipendio, por su hermano que es en un todo igual á él, y sobre quien no tiene otro derecho que el que le da el nacimiento, tal vez la fuerza y siempre la usurpacion; ¡por el hombre, que al fin han de consumir los gusanos y encerrar el sepulcro!

Quede por fin sentado que el cristianismo jamas protegió ni protege la esclavitud; que si enseña al esclavo el sufrimiento como un medio de ganar el cielo y conseguir la eterna felicidad, tambien tiene escrito en su Evangelio que Dios pedirá al superior cuenta estrecha del abuso de su autoridad, y condenará al tirano á los tormentos eternos, puesto que al constituirle superior, y al ordenar la obediencia á sus súbditos, le impuso el cargo de ser, no su verdugo, sino su padre; no le impuso el placer de esplotarlos, sino el deber de velar por su bien y sacrificarse en su obsequio, de velar cuando ellos duermen, de garantir sus bienes y proveer á su seguridad con leyes sábias, justas y equitativas; y en una palabra, de considerarse como el mas inferior entre sus hermanos; por esto debe tener presente que si bien dice el Evangelio á los súbditos: "por mí reinan los reyes, mandan los príncipes, y los poderosos del mundo administran justicia;" tambien está escrito que el rey debe gobernar con equidad, pues de cualquier injusticia que cometa será responsable

ante el juicio de Dios, que le premiará ó castigará segun sus obras, y que le tiene puesto al frente de su pueblo para que le gobierne, no para que le tiranice: así lo canta la Iglesia, y lo han definido los concilios: esta es la doctrina del Evangelio; véase si es tiránica ó liberal.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DE LOS CAPITULOS DEL PRIMER TOMO.

PAGS.

Prólogo 5
Capítulo I.—Estado del mundo á la venida de Jesucristo. 15
Capítulo II.—Tiempos primitivos del cristianismo..... 30
Capítulo III.—Desde la dispersion de los apóstoles hasta las persecuciones..... 51
Capítulo IV.—Persecuciones de la Iglesia..... 80
Capítulo V.—Acusaciones contra el cristianismo y su refutacion..... 107
Capítulo VI.—Primeras herejías, orígen de la teología, literatura cristiana, bellas artes..... 138
Capítulo VII.—Paz, gerarquía y organizacion de la Iglesia..... 177
Capítulo VIII.—Reaccion pagana, herejías, cismas..... 216
Capítulo IX.—Estado del mundo.—Ultimos paganos ilustres.—Pontífices.—Santos Padres de Oriente..... 244